

porque la traducción y la redacción médicas también lo son, como lo es la gente que participa como oyente, que en muchos casos se ha cultivado en la medicina pero trabaja como profesional del lenguaje. Quien escribe estas líneas empieza a andar el camino opuesto: de la filología a la medicina. No deja de tener algo de fabuloso encontrar un espacio en que un filólogo puede compartir temas de interés con médicos e investigadores.

Las jornadas, que ayudan a derribar el mito de que uno debe formar parte de la legión de las letras o de la de las ciencias, nos animarían a proclamar la abolición de la separación entre una y otra rama. ¿Quién, de entre los participantes en el evento, no guarda o cultiva un vestigio de curiosidad por el otro hemisferio del conocimiento, quién no tiene un interés dormido que despierta en estos terrenos ambiguos? La reconfortante sensación de entenderse con profesionales de otros ámbitos hizo brillar los ojos de mucha gente que no tenía ni idea de que se iba a sentir tan unida, tan cercana, a diferentes especies de redactores y traductores. Esto pudo comprobarse en los entreactos de las conferencias, en los que hubo un clima de gran cordialidad, que hemos descrito anteriormente [aquí](#).

El evento nos ha hecho pensar que la perspectiva de contribuir, mediante el estudio del lenguaje, a que la comunicación científica, tanto en la traducción como en la redacción, sea más eficaz puede ser muy estimulante, sobre todo si se trata de una ciencia como la medicina, que tiene un efecto directo en el bienestar de los hombres y está relacionada con otras muchas disciplinas.

Cuanto más lejano sea tu origen en el mapa del conocimiento, cuanto más alejada tu rama del árbol de la ciencia, tanta más impresión te causa ver que puedes entenderte con gente de otras latitudes, más placer te provoca ver que todo está relacionado, que tan lejos no estás, que eres capaz de apreciar lo que otros hacen y que los otros son capaces de ver el valor de tu trabajo, y tanto más vertiginoso es el estímulo por aprender lo que el otro sabe, para estar más cerca de esa gente admirable que ha tendido puentes y transgredido fronteras.

Esta es la sensación que nos dejaron las jornadas: ganas de celebrar la interdisciplinariedad y la hermosa relación entre la ciencia y el lenguaje, de aprender lo que conoce el que viene de otra rama del saber y, por supuesto, de ponernos a trabajar para hacer que el lenguaje cumpla cada vez mejor su misión de comunicar y hacer que la ciencia sea más ciencia.

Cuando las palabras se convierten en emociones Gemma Sanza Porcar*

Las VIII Jornadas Científicas y Profesionales de Tremédica, celebradas el 18 y 19 de febrero de 2011 en la Universidad Jaime I de Castellón de la Plana (España), nos han servido, en primer lugar, para aprender, es obvio. Pero, por encima de la adquisición de conocimientos, lo más importante ha sido el poder desvirtualizar, ponerles un rostro, una voz y una personalidad a todas las palabras que han ido llegando a nuestros ojos, desde la distancia geográfica y que se han ido introduciendo en nuestros hogares, en nuestro mundo, en nuestras vidas, a través del ciberespacio, ese lugar virtual de encuentro, comunicación y transmisión del conocimiento de los que utilizamos las redes internéticas para el intercambio de la ciencia, la cultura, el entendimiento y, sobre todo, la palabra.

Ese espacio virtual, patria fugaz de la condición humana y que engulle y devora todo lo que no sea el simple intercambio de información, desvirtúa o desdibuja en muchas ocasiones lo que somos en esencia, es decir, personas en carne y hueso, con su propio bagaje personal, sus propios sentimientos y vidas, en esencia, emociones contenidas que permanecen en un segundo plano.

La palabra, esa unidad lingüística que tan hábilmente utilizan los más doctos, no solo representa la exactitud, la corrección, la precisión y la definición, sino también la reflexión, el intercambio, la profesión, la calidad y la excelencia. La palabra es el vector del consenso necesario de las diversas nomenclaturas que nos mostró Fernando Navarro; la mediación interlingüística e intercultural de Dora Sales, Francisco Raga y Marta Sánchez; el puente colgante, como nexo entre la teoría y la práctica de la traducción biosanitaria, que reivindicó Bertha Gutiérrez; el rigor y la convención de la traducción institucional que nos presentaron M.^a Fernanda Lozano y Gustavo A. Silva; la introducción como sinónimo de síntesis que aprendimos en el taller de Fernando Rico-Villademoros; las buenas prácticas que nos expuso Elena Caveda; la traducción de patentes como labor detectivesca que nos expuso Maite Aragonés; la revisión en el taller de Juan Antonio Puerto; la implicación que nos pidió Gonzalo Claros, y la poesía subyacente a los protocolos que nos recitó Pablo Mugüerza. La palabra, con múltiples significados y contenidos, llena de semántica y discusión y, a su vez, de sentimientos, compañerismo, objetivos comunes, y que, gracias a encuentros como este, acaban convirtiéndose en emociones, pero en emociones de las buenas.

* Traductora biomédica, Benicasim (España). Dirección para correspondencia: gemmasanza@hotmail.com.

